cian los contornos de él esculpidos en mármol.

Renée era tan morena como rubia Juana.

Sus cabellos eran de un negro azulado, su blancura amarillenta; recordaba la epidérmis mate de las criollas.

Su frente era un poco estrecha y saliente; las grandes trenzas de ébano que la adornaban, hacian resaltar sus ojos, inmensos, brillantes como diamantes negros. La nariz, ligeramente aguileña, era un prodigio de delicadeza.

Entre sus labios rojos se veían diminutos y blancos dientes, que parecian perlas colocadas en su estuche. Su bárba redonda manifestaba energía.

El hoyito que tenia en medio de la bárba, parecia colocado allí para dulcificar un poco el conjunto severo y duro de su fisonomía.

Un estatuario hubiera grabado en su memoria, con objeto de reproducirlas despues, las líneas del cuello y las de las espaldas.

O no sabemos delinear un retrato, ó con la descripcion que hemos hecho de su belleza debe estar terminado aquél.

No se podia negar que era hermosa; pero en medio de su perfeccion ofrecia algo de extraño.

¿La prominencia de su estrecha frente no era el signo misterioso de tenacidad para llevar á cabo terribles designios?

La mirada, deslizándose como un rayo por

entre sus largas y curvas pestañas, tenia yo no sé qué de cruel.

En las líneas de esta incomparable belleza nada expresaba bondad.

Bajo aquel exterior caprichoso se podian adivinar instintos funestos é insaciables apetitos.

Sus pocos años cubrian con su velo aquellos indicios de mal agüero; pero un observador atento los hubiera adivinado fácilmente, á la manera que un navegante experto adivina la proximidad de la tormenta contemplando el cielo, por mas que éste aparezca puro y sereno.

La frase que habia pronunciado cuando entró, aumentó el mal humor de Julio Leroux.

—¿De donde viene usted, señorita?—preguntó dejando á Juana para emprenderla con Renée.

—¡Bah!—dijo ésta dando una nueva carcajada falsa y contraida.—Parece, papá, que me vas á hacer un interrogatorio en regla.

—¿De donde viene usted?—preguntó de nuevo el ex-banquero dando con el pié en el suelo.—¡Cuando yo pregunto, es para que se me responda!

—Papá, desconfío de tí porque te veo nervioso.

—¿Responderá usted?.....

Renée hizo una reverencia cómica.

—Señor juez instructor—contestó,—estaba en el parque.

—¿Por qué no ha venido usted cuando han tocado la primera vez?

—Porque no he oído la campana.

—Entonces estais sorda.

—No me agradaría serlo, señor juez.

—Pues bien, ¿entonces?.....

—Tengo otra excusa.... estaba durmiendo.

—¡A las once de la mañana, y en el campo! es imposible.

—Posible ó imposible, es verdad. Me fastidio tanto en esta barraca, que parece que me voy á volver loca.... ¡Tanto campo, tanta verdura me dá indigestion, y el cielo azul me causa náuseas!

La belleza de la naturaleza, los grandes horizontes, la poesía del campo.... duermo todo lo que puedo.... y me duermo en todas partes, porque es mi único placer. Así al menos tengo la suerte de soñar que aún estoy en los tiempos que tú no habias *evaporado* néciamente tu fortuna, que era la nuestra, como si hubiéramos sido clientes á los que desplumabas en otro tiempo.

—¡Hermana.... hermana!..—murmuró Juana en tono de súplica.

—Señorita, me está usted faltando al respeto—dijo el ex-banquero irritado.

Renée se encogió de hombros.

—¿Ahora se te debe respetar?—replicó con gran impertinencia.

Gracias, papá. Has escogido el mejor momento para que se te respete. En otro tiempo, cuando tenias un gran saco de dinero, eras un buen papá, loco, bailarin y nada respetable, pero muy amable. Hoy que no tienes un cuarto, eres gruñon, sério, pareces un *puerco-espin*, que tiene contrariedades en su interior; ¿y quieres que te respeten? ¡Ah, no, no pienses en ello! ¿Qué mala yerba has pisado está mañana? ¿Por qué la tomas conmigo? Vean ustedes, ¿y todo por qué? Por haber venido cinco minutos mas tarde de la hora señalada para almorzar, y eso que no soy la última.

—Que Lazarine no haya venido, no significa que haya usted obrado bien.....

—Siempre frases.... ¿Has concluido? Sí ó no.... ¿quieres dejarme en paz? Si es que *sí*, sentémonos y comamos sin el menor apetito el almuerzo.... si es que *nó*, dilo pronto.... porque te haré una reverencia de dignidad primero, y me iré á mi cuarto despues.....

Julio Leroux demasiado conocia que perderia el tiempo inútilmente si continuaba hablando con su hija, cuya mala educacion y groseras frases tanto le habian entretenido en otro tiempo.

Hizo un gesto de ira y se sentó de repente.

—¿Aceptais?..—dijo la jóven.—Sea enhorabuena, me quedo y me siento.

Por tercera vez se abrió la puerta, y Lazarine entró bruscamente.

—Me alegro que hayas llegado—dijo Renée.

—Llegas á tiempo para que te toque tu dividendo.... te prevengo que nuestro gracioso padre es un manojo de ortigas, y quien le toca se pica. Desconfía.

—¿Qué tiene?—preguntó Lazarine deteniéndose con aire de asombro.—¿Por qué está descontento papá?

Renée señaló con el dedo el relój.

—¡Las once y cuarto!- respondió.—El amable autor de nuestros dias pretende imponernos una exatitud militar.... por cinco minutos de retraso, á pan duro; por diez minutos, arresto; por un cuarto de hora, al cuarto oscuro, que está lleno de víboras negras.... Aquí tienes la ordenanza.

—Pues bien—dijo Lazarine,—papá no tiene que hacer mas que devolverme mi yegua *Norah*, que ha vendido malamente con el resto de la caballeriza, en beneficio de sus acreedores, y no me haré nunca esperar.... pero no teniendo mas que un penco que no tiene ni bríos ni sangre, se llega tarde á todas partes.... y, por último, vamos á la mesa.... Tengo por casualidad un hambre voraz.....

Ya hemos dicho que Juana era linda, y Renée extraordinariamente hermosa.

La hija mayor de Julio Leroux estaba deslumbradora.

Su amazona de paño oscuro formando coraza, dibujaba los contornos de su precioso talle, de sus hombros, de sus caderas y de su redonda garganta.

En el brazo izquierdo llevaba la larga cola de su falda y un látigo en la mano derecha.

Una corbatita color cereza y anudada al estilo masculino, cubria la mitad del cuello recto de su camiseta.

Su larga cabellera ondulante, de un tinte de oro, salia por debajo del sombrero de copa y llegaba mas abajo de la cintura.

Su tez, animada por la carrera, ofrecia en aquel momento el brillo casi inverosímil que Chaplin, el pintor de jóvenes y de gargantas virginales, encuentra siempre en su mágica paleta.

Sus pestañas y cejas negras, contrastaban de una manera extraña con el rojo cobrizo de sus cabellos, y daban á sus ojos, de un verde oscuro, la expresion casi oriental que las *cocottes* y mujeres de teatro consiguen á fuerza de pintura.

La boca era pequeña, los lábios de púrpura, y los dientes como perlas.

Aquel rostro encantador y aquel cuerpo de ninfa, constituían un conjunto de una incomparable elegancia.

Cada movimiento, cada actitud, era una gracia. Nada podria expresar de una manera exacta la seduccion de su mirada y el encanto irresistible de su sonrisa.

Julio Leroux, en lugar de dar rienda suelta á su enfado, como habia hecho ya por dos veces, se dejó dominar por el encanto de Lazarine, y se calló. La admiracion era mayor que su enfado.

Renée se apercibió de ello, frunció el ceño, y de sus ojos negros salió una mirada que no tenia nada de tranquilizadora.

IV

El comienzo del almuerzo fué silencioso.

Julio Leroux, disgustado consigo mismo y con sus hijas, y exasperado contra el mundo entero, no pronunciaba una palabra y apenas comia.

Renée no decia una sola palabra, y los manjares, despues de llevarlos á los labios, los dejaba intactos en el plato.

Juana, afligida por la actitud hostil de sus hermanas con su padre, tenia el corazon oprimido y apenas si podia contener sus lágrimas

Lazarine, sin cuidarse de nada, comia con buen apetito y hacia los honores á un vinillo blanco de Touraine.

Ella fué la que rompió el silencio.

—Papá—dijo—he encontrado esta mañana á uno de tus buenos amigos.....

El ex-banquero levantó la cabeza.

—¿Uno de mis buenos amigos—repuso—los tuve en algun tiempo, hoy no los tengo.

—Pues bien, uno de tus buenos amigos de otros tiempos..—respondió la jóven—y estábais encantado el uno del otro.... El se daba tono con tus millones, y á tí su título te llenaba de orgullo.... parecíais inseparables.... ¿Adivinas de quién te hablo?

—No.... y me importa poco.....

—De todos modos lo nombraré. Se trata de una persona lo mas encantador del mundo: el príncipe Godefroy de Castel-Vivant.

Julio Leroux se extremeció á pesar suyo. El nombre pronunciado por Lazarine evocó numerosos y alegres recuerdos.

—¡Godefroy!—exclamó.

—El mismo.... mas jóven que nunca en su verde vejez.....

—¿En este país? Parece inverosímil.